colgaba sobre el cuello. Este *copilli*, como entre nosotros *corona*, tenía la significación figurada de «parte alta, superior» de alguna cosa, y deben haberla empleado para significar la parte alta ó el coronamiento de un manantial; así el cerro del Peñón, por su figura, que se destaca aislada en el espacio, les ha de haber parecido á los Mexicanos como un *copilli* ó coronamiento de las fuentes termales que están en su falda. Otro tanto pasa, si no estamos equivocados, con *Acopilco* de Tacubaya. El pueblo está situado en las cercanías del gran cerro donde están las fuentes del agua que viene de Cuajimalpa á la ciudad de México. Acaso el cerro que sirve de coronamiento á las vertientes que forman la *Presa de los Leones*, tenga la figura de un *copilli*. El Dr. Peñafiel, que visitó científicamente esos lugares en 1883, podrá decir si tienen algún fundamento nuestras aseveraciones. (Véase *Malinaxochitl.*)

Copilli. (Véase *Copil.*)

Cosmogonía. El origen del mundo, del Universo.—Sobre este punto es muy grande la confusión que ofrece la mitología, y no sólo por lo indescifrable de los orígenes del mundo, lo cual es común á todas las religiones y á todas las mitologías y á todas las filosofías, sino por la mezcla que han hecho los autores de los sistemas de las diversas naciones del Anahuac. No expondremos nosotros todos esos sistemas, cuya lectura produciría en el ánimo confusión y tedio. Nos limitaremos á exponer las ideas cosmogónicas aceptadas por los nahoas, en general, y por los toltecas y acolhuas ó tezcocanos, y por los mexicanos en particular.

***

La tradición nahoa enseña que el *Tloque nahuaque*, el Ser Supremo, creó á los dioses inferiores, á los cielos y á los hombres; que en este estado el mundo, tuvo cuatro edades, que en cada una de ellas desapareció la especie humana por un cataclismo, salvándose una pareja, hombre y mujer, para la nueva procreación de seres humanos. Enseña también la tradición que en cada edad de éstas se destruía el sol, y era creado uno nuevo para que siguiera alumbrando á la tierra; y por esto llamaron á las cuatro edades, los *Cuatro Soles*.

***

Los toltecas, los más civilizados de la raza nahoa, adoraban al sol, luna y estrellas, y personificaban la fuerza fecundante del sol en el dios *Tonacatecutli* y su mujer *Tonacacihuatl*, á quienes hacían ofrendas de flores, frutos y algunas veces animales. Esta religión, nacida de la observación de los astros, los condujo á admitir doce cielos, sobre el más alto de los cuales vivían *Ometecutli* y *Omecihuatl*, su mujer, señores de los doce cielos y de la tierra. Decían «que de aquel gran señor dependía el ser de todas las cosas, y que por su mandado de allá venían la influencia y calor con que se engendraban los niños ó niñas en el vientre de sus madres.»

A ese dios supremo, que llamaban *Tloque Nahuaque* (V.), atribuían la creación del hombre y de la mujer, de quienes desciende el género humano. Admitían las cuatro edades ó soles de los nahoas; pero en la

relación que de ellos hacen los cronistas, presentan una marcada intención de conformarse con la cronología bíblica, y están en desacuerdo con las pinturas tezcocanas, que habían sido heredadas de los toltecas, lo cual revela que el historiador *Ixtlilxochitl* y los discípulos de su escuela no tuvieron más fundamento—como dice Orozco y Berra—que los deseos de la piedad.

Los toltecas tenían una leyenda acerca de la creación de un quinto sol. La relación que de ella hace el P. Sahagún es tan curiosa como interesante.—«Decían que antes que hubiese día en el mundo, que se juntaron los dioses en aquel lugar que se llama *Teutioacan (Teteohuacan*, hoy Teotihuacan), dijeron los unos á los otros: «dioses, ¿quién tendrá cargo de alumbrar el mundo?» luego á estas palabras respondió un dios que se llamaba *Tecuciztecatl* y dijo: «Yo tomo á cargo de alumbrar el mundo:» luego otra vez hablaron los dioses y dijeron: «¿quién será otro más? al instante se miraron los unos á los otros, y conferían quién sería el otro, y ninguno de ellos osaba ofrecerse á aquel oficio, todos temían y se excusaban. Uno de los dioses de que no se hacía cuenta y era buboso, no hablaba, sino que oía lo que los otros dioses decían: los otros habláronle y dijéronle: «sé tú el que alumbres, bubosito,» y él de buena voluntad obedeció á lo que le mandaron y respondió: «en merced recibo lo que me habéis mandado, sea así,» y luego los dos comenzaron á hacer penitencia cuatro días. Después encendieron fuego en el hogar, el cual era hecho en una peña que ahora llaman *teutexcalli*. El dios llamado *Tecuciztecatl* todo lo que ofrecía era precioso, pues en lugar de ramos ofrecía plumas ricas que se llaman *manquetzalli:* en lugar de pelotas de heno, ofrecía pelotas de oro: en lugar de espinas ensangrentadas, ofrecía espinas de coral colorado, y el copal que ofrecía era muy bueno. El buboso, que se llamaba *Nanaoatzin*, en lugar de ramos ofrecía cañas verdes atadas de tres en tres, todas ellas llegaban á nueve: ofrecía bolas de heno y espinas de maguey, y ensangrentábalas con su misma sangre, y en lugar de copal, ofrecía las postillas de las bubas. A cada uno de estos se le edificó una torre como monte; en los mismos montes hicieron penitencia cuatro noches, y ahora se llaman estos montes *tzacualli* (V. *Coatzacualco)*, están ambos cerca del pueblo de San Juan que se llama *Teutioacan*. De que se acabaron las cuatro noches de su penitencia, esto se hizo al fin ó remate de ella, cuando la noche siguiente á la media noche habían de comenzar á hacer sus oficios, antes un poco de la medianía de ella, diéronle sus aderezos al que se llamaba *Tecuciztecatl*, á saber: un plumaje llamado *aztacomitl*, y una jaqueta de lienzo, y al buboso tocáronle la cabeza con papel que se llama *amatzontli*, y pusiéronle una estola de papel y un *maxtli* de lo mismo. Llegada la media noche, todos los dioses se pusieron en derredor del hogar. En este ardió el fuego cuatro días: ordenáronse los dioses en dos rencles, unos de la una parte del fuego y otros de la otra, y luego los dos sobredichos, se pusieron delante del fuego y las caras hacia él, en medio de los dos rencles de los dioses, los cuales todos estaban levan-

tados, y luego hablaron y dijeron: «¡Ea, pues, *Tecuciztecatl,* entra tú en el fuego:» y él luego acometió para echarse en él; y como el fuego era grande y estaba muy encendido, sintió la gran calor, hubo miedo, y no osó echarse en él y volvióse atras. Otra vez tornó para echarse en la hoguera haciéndose fuerza, y llegándose se detuvo, no osó arrojarse en la hoguera, cuatro veces probó, pero nunca se osó echar. Estaba puesto mandamiento que ninguno probase cuatro veces. Los dioses luego hablaron á *Nanoatzin* y dijéronle: «¡Ea, pues, *Nanoatzin,* prueba tú!» y como le hubieron hablado los dioses, esforzóse, y cerrando los ojos, arremetió y echóse en el fuego, y luego comenzó á rechinar y respendar en el fuego como quien se asa. Como vió *Tecuciztecatl* que se había echado en el fuego y ardía, arremetió y echóse en la hoguera, y dizque una águila entró en ella y también se quemó, y por eso tiene las plumas hoscas ó negrestinas. A la postre entró un tigre y no se quemó, sino chamuscóse, y por eso quedó manchado de negro y blanco: de este lugar se tomó la costumbre de llamar á los hombres diestros en la guerra *Cuauocelotl,* y dicen primero *Cuautli* porque la águila primero entró en el fuego, y dícese á la postre *Ocelotl,* porque el tigre entró á la postre de la águila al fuego. Después que ambos se hubieron arrojado en el fuego, y que se habían quemado, luego los dioses se sentaron á esperar á que prontamente vendría á salir el *Nanaoatzin.* Habiendo estado gran rato esperando, comenzóse á poner colorado el cielo, y en todas partes apareció la luz del alba. Dicen que después de esto los dioses se hincaron de rodillas para esperar por donde saldría *Nanaoatzin* hecho sol: miraron á todas partes volviéndose en derredor, mas nunca acertaron á pensar y á decir á qué parte saldría, en ninguna cosa se determinaron: algunos pensaron que saldría de la parte del Norte, y paráronse á mirar hacia él; otros hacia el Mediodía, á todas partes sospecharon que había de salir, porque por todas partes había resplandor del alba: otros se pusieron á mirar hacia el Oriente, y dijeron, aquí de esta parte ha de salir el sol. El dicho de estos fué verdadero: dicen que los que miraron hacia el Oriente fueron *Quetzalcoatl,* que también se llama *Ehecatl,* y otro que se llama *Totec* y por otro nombre *Anahuacitecu,* y por otro nombre *Tlatlahuictezcatlipuca,* y otros que se llaman *Minizcon,* que son innumerables, y cuatro mujeres, la primera se llama *Tiacapan,* la segunda *Teicu,* la tercera *Tlacocoa,* la cuarta *Xocoyotl;* y cuando vino á salir el sol, pareció muy colorado, y que se contoneaba de un lado á otro, y nadie lo podía mirar, porque quitaba la vista de los ojos, resplandecía y echaba rayos de sí en gran manera, y sus rayos se derramaron por todas partes; y después salió la luna en la misma parte del Oriente á par del sol: primero salió el sol y tras él la luna, por la orden que entraron en el fuego por la misma salieron hechos sol y luna. Y dicen los que cuentan fábulas ó hablillas, que tenían igual luz con que alumbraban, y de que vieron los dioses que igualmente resplandecían, habláronse otra vez y dijeron: «¡Oh dioses! ¿cómo será esto? ¿será bien

que vayan á la par? ¿será bien que igualmente alumbren?» Y los dioses dieron sentencia y dijeron: «Sea de esta manera,» y luego uno de ellos fué corriendo, y dió con un conejo en la cara á *Tecuciztecatl,* y escurecióle la cara, ofuscóle el resplandor, y quedó como ahora está su cara. Después que hubieron salido ámbos sobre la tierra estuvieron quedos, sin moverse de un lugar el sol y la luna, y los dioses otra vez se hablaron y dijeron: ¿Cómo podemos vivir? no se menea el sol, ¿hemos de vivir entre los villanos? muramos todos y hagámosle que resucite con nuestra muerte, y luego el aire se encargó de matar á todos los dioses y matólos, y dícese que uno llamado *Xolotl,* rehusaba la muerte, y dijo á los dioses: «¡Oh dioses! no muera yo,» y lloraba en gran manera, de suerte que se le incharon los ojos de llorar, y cuando llegaba á él el que mataba, echó á huir y escondióse entre los maizales, y convirtióse en pie de maíz que tiene dos cañas, y los labradores le llaman *Xolotl,* y fué visto y hallado entre los pies del maíz: otra vez echó á huír y se escondió entre los magueyes, y convirtióse en maguey que tiene dos cuerpos que se llama *mexolotl.* otra vez fué visto, y echó á huir, y metióse en el agua, é hízose pez, que se llama *axolotl* (ajolote), y de allí lo tomaron y lo mataron; y dicen que aunque fueron muertos los dioses, no por eso se movió el sol, y luego el viento comenzó á zumbar y ventear reciamente, y él le hizo moverse para que anduviese su camino; y después que el sol comenzó á caminar, la luna se estuvo queda en el lugar donde estaba. Después del sol comenzó la luna á andar; de esta manera se derivaron el uno del otro y así salen en diversos tiempos, el sol dura un día, y la luna trabaja en la noche ó alumbra en ella.»

***

El P. Mendieta trae una variante de la leyenda anterior, pues en su relación los dioses adorados en Teotihuacan eran animales; *Tlotli,* gavilán ó halcón, se encargó de hacer andar al sol, aunque sin conseguirlo; *Citli.* liebre, le tiró flechas de que el sol se defendió, y con una de las mismas saetas mató á *Citli.* Los dioses desmayaron entonces, resolvieron sacrificarse y morir, siendo el sacrificador *Xolotl,* quien terminada su obra se sacrificó á sí mismo.

Boturini dice que el buboso no era dios, sino uno de los concurrentes de la metamorfosis intentada por *Centeotl,* dios del maíz, llamado también *Inopintzin,* el dios huérfano. Arrojado el buboso á la hoguera convirtióse en hermoso globo de fuego; un águila se arrojó á las llamas, tomó con el pico el sol y lo transportó á los cielos.

Veytia dice que en un año *chicome tochtli,* siete conejo, suspendió su curso el sol por espacio de un día natural, lo que causó grandes estragos, hasta que un mosquito le picó una pierna y le hizo proseguir su carrera. Orozco y Berra hace observar que, aunque evidentemente lo dicho por Veytia corresponde también á la fábula del buboso, él lo hace leyenda separada para aplicarla al pasaje bíblico de Josué, pues grande era su empeño por ajustar la mitología mexicana á los Libros Sagrados.

***

Los historiadores filósofos, á través de la leyenda del quinto sol, que, á primera vista, aparece disparatada y extravagante, han encontrado un significado histórico.

El suceso conmemorado en el mito tolteca, es—dice Orozco y Berra—la dedicación de las pirámides de *Teotihuacan* al sol y á la luna. Teotihuacan, como su nombre lo dice *(Teteohuacan)*, estaba consagrado á los antiguos dioses; existía con sus pirámides desde los tiempos más remotos; era un santuario venerado en que eran adorados los animales, una de las concepciones más bajas en las religiones inventadas por los hombres. Los toltecas, aunque deístas, admitían el culto de los astros del día y de la noche, ni les era desconocido el fuego simbólico; y á fuer de conquistadores, ó por más civilizados, impusieron sus creencias en la ciudad santa; los dioses antiguos fueron derrocados de sus altares, y se ostentó la imagen del Sol sobre el *Tonatiuh Itzacual*, y la de la Luna, su compañera, en el *Meztli Itzacual*. El hecho importaba la pérdida de la religión primitiva y la substitución del culto extranjero. Vencidos y vencedores tenían empeño en perpetuar el recuerdo.

Orozco y Berra interpreta el mito de un modo satisfactorio. La escena pasa en la asamblea de los dioses, de los sacerdotes sus representantes, y del pueblo. Se busca quien se atreva á iniciar el cambio; se ofrece *Tecuciztecatl;* faltaba un compañero y se le encuentra en el asqueroso *Nanahuatzin;* aquél, la casta sacerdotal, rica y poderosa; éste, el pueblo pobre que admitía ansioso ser regenerado por la nueva civilización. A la hora en que debía verificarse la substitución de deidades, *Tecuciztecatl* vaciló y *Nanahuatzin* colocó resueltamente en la pirámide la imagen del sol, y, á su ejemplo, aunque tras largo vacilar, llevó á la luna á su asiento el irresoluto sacerdote. Los soldados no fueron extraños al cambio: el águila llevó al cielo en el pico al astro del día, y el tigre transportó á la compañera de la noche. Por eso los guerreros *cuautli* y *ocelotl*, águilas y tigres fueron siempre considerados en el ejército. La luna, menos reverenciada que el sol, para perder el brillo recibió en el rostro un golpe con un conejo: era para marcar el signo del año del acontecimiento; desde entonces los pueblos de Anahuac descubrían el *tochtli* cronológico en esas sombras indecisas que se advierten en la redonda cara de la luna llena. Al principio los astros no se movían, era que el nuevo culto no progresaba, y fué indispensable el viento, la predicación, para hacerlos caminar. Cuando los nuevos númenes ganaron prosélitos, los antiguos dioses perecieron, pues fueron derribados de sus altares: *Xolotl* resistió el último; tres veces metamorfoseado, acabó por sucumbir. En la nueva religión tributábase culto al sol, á la claridad del día, y á la luna durante la noche, siguiendo tal vez las fases de la melancólica diosa.

***

Las ideas cosmogónicas de los Mexicanos forman parte de un con-

junto mezclado y confuso del que es difícil distinguirlas.

Casi todos los AA. copian ó extractan, sobre este punto, el Códice conocido con los nombres de Zumárraga y Franciscano. Nosotros haremos otro tanto y agregaremos algo de lo que acerca de esta materia escribió el P. Sahagún.

Antes del Universo conocido, sólo existía un cielo, que llamaron «el décimo tercero.» En él vivían el Ser Supremo, *Tonacatecutli* y su esposa *Tonacacihuatl* ó *Xochiquetzalli:* no tuvieron principio, eran eternos. Esta pareja divina procreó cuatro hijos: el primogénito fué *Tlatlauhcatezcatlipoca*, de color rojo; fué adorado por los de Tlaxcalla y Huexotzinco bajo el nombre de *Camaxtle;* el segundo hijo fué *Yayauhcatezcatlipoca*, de color negro y de peor índole que sus hermanos; el tercer hijo fué *Quetzalcoatl*, llamado también *Yohualehecatl*, de color blanco; el cuarto fué *Omiteotl:* nació sin carnes, era sólo el esqueleto; llamábase también *Inaquizcoatl;* entre los Mexicanos era conocido por *Huitzilopochtli*, por ser zurdo.

Estos cuatro dioses, después de seiscientos años de inactividad, se reunieron y conferenciaron acerca de lo que debían ordenar y de las leyes que debían imponer á lo que creasen, y puestos de acuerdo, comisionaron á *Quetzalcoatl* y á *Huitzilopochtli* para proceder á la creación. Los dos númenes formaron desde luego el fuego, del cual sacaron un medio sol, que alumbraba poco por no ser entero. Crearon también al primer hombre, *Oxomoco*, y á la primera mujer, *Cipactonal*. Les ordenaron á ambos que labrasen la tierra, y á ella que hilara y que tejiera, y le dieron ciertos granos de maíz para las adivinaciones y hechicerías y para curar las enfermedades de su descendencia. Crearon también á *Mictlantecutli*, dios del infierno, y á su esposa *Mictlancihuatl*. Por último, formaron el calendario ordenando el tiempo, que distribuyeron en días, meses y años.

Dejando por mansión de *Tonacatecutli* el décimo tercer cielo, crearon otros. En el primer cielo estaban las estrellas *Citlalatona* y *Citlalmina*, la primera macho, la segunda hembra. En el segundo cielo estaban las *Tezauhcihuame*, «Mujeres espantosas,» llamadas también *Tzitzinime*, puros esqueletos, destinadas á bajar y comerse á los hombres cuando fuera el fin del mundo, que sería cuando se acabasen los dioses ó *Tezcatlipoca* derribase al sol existente. En el tercer cielo estaban como guardianes cuatrocientos hombres que creó *Tezcatlipoca* y que eran de cinco colores, amarillos, negros, blancos, azules, colorados. En el cuarto cielo estaban las aves, y de allí bajan á la tierra. En el quinto cielo se albergaban culebras de fuego, de donde provenían los cometas y los meteoros ígneos. El sexto cielo era la región del aire. El séptimo, la del polvo. En el octavo cielo se reunían los dioses, y nadie subía más arriba. Se ignoraba lo que había en los cielos del noveno al doce.

Dieron al agua organización particular. Los cuatro dioses hermanos formaron á *Tlaloccantecutli* y á su esposa *Chalchiuhicueye*, quienes quedaron como dioses del líquido elemento. Moraban en un aposento de cuatro compartimientos, en me-